

(2)

1796 - 1896

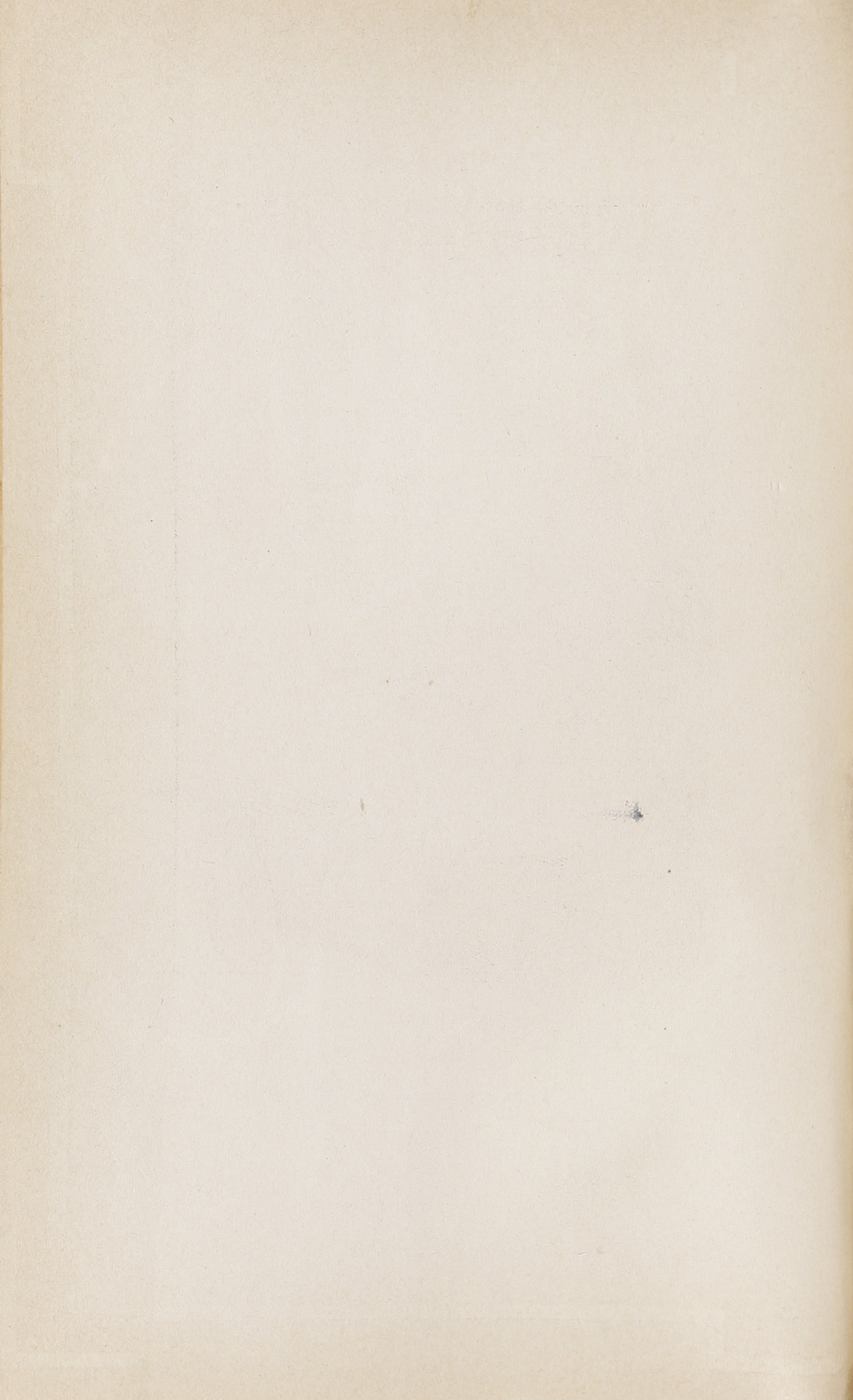


A Eduardo Jenner

HOMENAJE

DE LAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS DE CHILE

PRIMER CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE LA VACUNA



1796-1896

Á EDUARDO JENNER

HOMENAJE

DE LAS

SOCIEDADES CIENTÍFICAS DE CHILE

PRIMER CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE LA VACUNA
14 DE MAYO DE 1896



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

BANDERA, NÚM. 73

1896

LES MEDECINS ET LES ADMINISTRATIONS RECONNAISSANTS



MONUMENT

JENNER.

1805



La SOCIEDAD MÉDICA, en sesión celebrada el 5 de julio del año próximo pasado, acordó tomar la iniciativa para celebrar, en unión de las Sociedades Científicas del país, el centenario del descubrimiento de la vacuna. Creyó necesario no dejar pasar en silencio este hecho memorable que tan inmensos bienes había traído á la humanidad y á la ciencia.

Entre nosotros, por otra parte, esta conmemoración al par que tendía á vulgarizar los principios que sirven de base á la vacuna, en provecho de este importante servicio público, nos permitiría pasar en revista lo que hemos hecho para afianzar en la práctica esta salvadora conquista de la medicina y emprender así las reformas necesarias.

Aceptada la idea de la conmemoración, fué comunicada á las distintas Corporaciones y Sociedades Científicas, por medio de la nota que sigue:

«Santiago, á 15 de agosto de 1895»

«Señor:

«El 14 de mayo de 1896 hará un siglo que se inoculó por vez primera la vacuna en el hombre, dándose forma así á cuidadosas é interesantes observaciones. Los resultados felices obtenidos desde aquel día han hecho memorable esa fecha que recuerda uno de los descubrimientos más admirables de la medicina, mer-

ced al cual ha podido combatir con eficacia una de las epidemias que más altas cifras inscriben en las tablas mortuorias. El descubrimiento de Jenner tiene además un alto significado científico que hoy puede apreciarse debidamente. Su aplicación es la base de todo un método de tratamiento, desconocido hasta entonces, que la medicina de nuestros días ha profundizado y ampliado considerablemente, alcanzando inestimables resultados.

«Por otra parte, aquella primera inoculación de brazo á brazo, ha sido el punto inicial de reformas importantes en las leyes destinadas á asegurar la salud y el bienestar de todos. Fueron éstas un paso fecundo dado en el camino de la higiene pública, cuyos preceptos han sido resistidos por tanto tiempo, pero que puestos al principio tímidamente en práctica, han concluído por ser base indispensable de las sociedades.

«En mérito de estas consideraciones la SOCIEDAD MÉDICA cree obra de justicia para el nombre inmortal de Jenner, y obra oportuna para el estudio de los problemas de higiene pública relacionados con el descubrimiento de la vacuna, celebrar el centenario de aquella fecha histórica y ha acordado tomar la iniciativa para llevarla á cabo. Con este motivo tengo el honor de dirigirme á la Sociedad que usted preside para pedirle nombre de su seno un delegado que la represente en el Comité que debe organizar la conmemoración que proyectamos.

«Saludo á usted.

A. ORREGO LUCO

Lucio Córdova,
Secretario."

Esta invitación fué contestada favorablemente por las Sociedades á que fué dirigida, quedando compuesto el Comité Ejecutivo en la siguiente forma:

Doctores A. Orrego Luco, R. del Río y R. Dávila Boza, como delegados de la Sociedad Médica;

Doctor M. Cienfuegos, de la Sociedad Científica Alemana;

Doctor Diego San Cristóbal, de la Asociación Médica de los Hospitales;

Doctor F. Fuga Borne, de la Sociéte Scientifique du Chili;

Señor Mariano Guerrero Bascuñán, de la Junta de Beneficencia;

Señor Julio Besnard, director del Instituto de Vacuna Animal;

Doctor R. Corbalán Melgarejo, del Consejo Superior de Higiene;

Doctor Ruperto Vergara, del Progreso Médico;

Doctor Luis Espejo, de la Facultad de Medicina;

Doctor W. Ugarte Serrano, de la Junta Central de Vacuna;

Doctor Aureliano Oyarzún, del Instituto de Higiene;

Doctor Lucio Córdova, del Colegio de Médicos de Chillán;

Doctores E. Rodríguez Cerda y Carlos Mandiola, de la Unión Médica; y el

Doctor Daniel Rioseco, de la Sociedad Médica de Concepción.

Constituido el Comité, se aceptó la idea de llevar á cabo una velada literario-musical, como el mejor medio de hacer participar á la sociedad entera de la conmemoración proyectada, dándole así el imponente carácter que merece la obra humanitaria de Jenner.





DISCURSO DEL DOCTOR R. DÁVILA BOZA

DE LA SOCIEDAD MÉDICA



SEÑORES Y DIGNÍSIMAS SEÑORAS:

El alto grado de adelantamiento á que han llegado las ciencias médicas en la actualidad, ha sido obra de una verdadera generación de sabios que han venido engendrándose y completándose los unos á los otros.

Á la cabeza de estos sabios figura en primera línea, por la época en que apareció y por la obra que realizó, Eduardo Jenner.

Muchos han creído que Jenner fué un espíritu mediocre, un hombre vulgar, que no tuvo otro mérito en el descubrimiento de la vacuna que el de haber sabido recogerlo de entre las vulgaridades de los campesinos.

Es un error.

Jenner fué un espíritu superior, un talento original, una inteligencia activa y creadora, un sabio, en fin, que realizó muy nobles tareas en el campo de las ciencias, las artes y las letras, y que en la invención maravillosa de la vacuna fué un verdadero descubridor.

Su vida es una página brillante de la historia de la medicina,

que bien merece ser recordada en esta noche, siquiera en sus rasgos principales.

Nació Eduardo Jenner en el pueblo de Berkeley, del condado de Gloucester, en Inglaterra, el 17 de mayo de 1749, de dos antiguas familias que no carecían de bienes de fortuna.

Hizo su educación escolar en los colegios de su país natal, en donde manifestó desde sus primeros pasos su gusto por la historia natural formando colecciones de nidos y de fósiles.

Pasó en seguida á Sodbury, cerca de Bristol, á cursar cirugía y farmacia con el eminente cirujano Ludlow. De aquí marchó á Londres, á terminar su educación profesional con el célebre John Hunter.

La influencia de Hunter fué decisiva sobre Jenner.

Necesito recordar aquí que Hunter fué un genio original y un gran carácter; que ha quedado hasta hoy mismo como el fundador y el más eminente representante de la medicina experimental; que en la época en que Jenner fué su alumno se había conquistado ya una alta reputación, y había fundado y mantenía á sus propias expensas un laboratorio de fisiología experimental y un jardín zoológico. Era un hijo de sus propias obras, que había luchado rudamente y que había vencido. Su método de investigación consistía pura y exclusivamente en la observación y la experimentación, con prescindencia absoluta de toda tendencia meramente especulativa.

En esta escuela se formó Jenner: aquí fué donde aprendió á escudriñar á la naturaleza para arrancarle sus secretos; aquí se familiarizó con la experimentación fisiológica y con los trabajos anatómicos, se hizo un diestro preparador y un hábil cirujano; aquí conoció los virus y vió cómo se inoculaban.

Por ese tiempo, en 1771, llegó á Inglaterra, de vuelta de su primera expedición, el célebre marino Cook, trayendo un rico caudal de historia natural. Por recomendación de Hunter, fué Jenner el elegido para hacer la preparación y clasificación de ese caudal; y tanta habilidad y conocimientos desplegó en este trabajo, que Cook quiso llevarlo de naturalista en la nueva expedición que emprendió al año siguiente.

Jenner había concluído ya sus estudios, y el puesto que se le ofrecía le abría las puertas del favor oficial y de una brillante carrera.

Felizmente rehusó.

Y movido de su predilección por las escenas de la naturaleza y las costumbres sencillas de su niñez y de la tierna devoción y gratitud con que amaba á su familia, fué á establecerse en su pequeño pueblo natal.

En Berkeley no tardó en ganarse la confianza y la estimación del vecindario y del de los pueblos vecinos en muchas leguas á la redonda. Su destreza operatoria, las recomendaciones que hacían de él profesores eminentes de Londres, sus maneras de gentil hombre, su general ilustración y su carácter suave y bondadoso, le abrieron pronto las puertas de todos los hogares y lo hicieron el amigo de confianza de las familias más distinguidas.

Su clientela creció rápidamente, y antes de mucho fué un médico y un cirujano de gran reputación en el país.

Un curioso incidente de esta época de su vida reveló entonces y nos dá á conocer á nosotros ahora las tendencias profundamente serias de su carácter y de su espíritu.

Se suscitó en el seno de una numerosa reunión de convidados á una mesa la cuestión de en dónde sería más alta la temperatura de la llama de una bujía, en su centro ó un poco por encima de su vértice. Cada cual daba su parecer con más ó menos calor, pero la cuestión no se resolvía. Colocó entonces Jenner una bujía delante de sí é introdujo el dedo en el centro de la llama, en donde pudo retenerlo unos cortos instantes; quiso, en seguida, colocarlo un poco por encima, pero tuvo que retirarlo inmediatamente, exclamando: «He aquí resuelta la cuestión.»

Bien se comprende que con tales tendencias de carácter y de espíritu no podía encontrar Jenner en el sólo ejercicio de su profesión la satisfacción de todas las aspiraciones de su inteligencia.

Así, no bien se hubo establecido en Berkeley, volvió á entregarse de nuevo á las investigaciones científicas con toda la actividad que le permitían sus deberes profesionales. Actividad en que se mantuvo subsecuentemente durante todo el curso de su larga vida.

En el primer período de ésta, es decir, hasta el momento en que hizo público, en 1798, su descubrimiento de la vacuna, sus estudios abarcaron una gran variedad de materias.

Entre los principales pueden citarse sus investigaciones sobre

el aparato eléctrico y sobre el aparato auditivo de los peces, sobre el movimiento muscular, sobre la temperatura en los animales y en los vegetales, sobre las funciones fisiológicas y patológicas del sistema linfático, sobre la naturaleza de los hidátides y la de los tubérculos del pulmón y sobre las condiciones que favorecen su desarrollo, y sus trabajos farmacológicos sobre el tártaro emético y algunos otros medicamentos.

Son particularmente interesantes sus memorias sobre la temperatura, la digestión, la respiración y la circulación en los animales invernantes, y sobre las costumbres de las aves y las leyes que presiden su emigración.

Llamó sobre todo la atención su trabajo sobre las costumbres del cuclillo. Sabido es que este pájaro no construye nido y que abandona sus huevos al cuidado de otras aves. Un hecho tan contrario á las leyes del instinto natural no tenía explicación. Jenner la encontró, y es la que vale hasta el día de hoy.

Merece también particular mención su descubrimiento de la causa que con más frecuencia engendra la angina de pecho, esa terrible enfermedad que á tantos hombres ilustres ha arrebatado y que ocasionó la muerte de Hunter, prevista por Jenner.

Pero la actividad de Jenner era incansable: al mismo tiempo que hacía sus investigaciones científicas, se ocupaba en recoger, preparar y coleccionar, para sí ó para Hunter, innumerables piezas de historia natural: plantas, aves, peces, fósiles, etc.; emprendía excursiones de estudio; diseñaba dibujos, planos, etc.; redactaba memorias; fundaba sociedades científicas ó filantrópicas de que él era siempre el alma; mantenía una activa correspondencia, científica en su mayor parte, principalmente con Hunter, y todavía se daba tiempo para cultivar la música y la poesía.

Porque Jenner era también poeta, y poeta de cierta originalidad. Sus poesías no carecen de inspiración; en ellas domina como nota principal cierta ironía ingenua, cierta malicia inocente que hace sonreír al lector, pero que no lastima á nadie; mérito no tan fácil de adquirir como á primera vista parece.

De vez en cuando, finalmente, hacía excursiones fuera del campo de la medicina y de la historia natural. En 1783, por ejemplo, repitió el ensayo recién verificado, por primera vez, de elevar un globo en la atmósfera, empleando él el gas hidró-

geno en vez del aire caliente que habían empleado los Montgolfier.

En el segundo período de su vida, es decir, desde 1798 para adelante, se ocupó Jenner casi exclusivamente en la defensa, en la inoculación y en la propagación de la vacuna, viviendo entonces alternativamente en Londres ó en algún pueblo de su país natal.

Fué en este segundo período cuando reveló toda la altura de su carácter moral.

Colmado de honores, aplaudido de todas las sociedades sabias, visitado o solicitado de los soberanos de los Estados más poderosos de Europa, en correspondencia incesante con las personalidades más conspicuas de su patria ó del extranjero, convertido, en una palabra, en una celebridad universal, él no abandonó jamás, ni un sólo instante, su modestia, la suavidad y dulzura de su carácter ni la sencillez de sus costumbres; siguió siendo el amigo de sus amigos; el padre de sus allegados, el gran benefactor de los pobres, como lo había sido siempre hasta entonces; en sus controversias no tuvo nunca un reproche hiriente para sus enemigos; en sus réplicas á éstos se mantuvo constantemente en una atmósfera de calma y de tranquilidad que admira; pudo haberse hecho archi-millonario con su descubrimiento, pero, en vez de explotarlo, sacrificó sus modestos haberes para vulgarizarlo; y cuando llegó el momento de hacer valer su alta influencia para con los poderosos, no lo hizo para pedir algo para sí mismo, sino en favor de los desgraciados: Napoleón y el rey de España le concedieron así la libertad de algunos prisioneros.

El secreto de la elevación de su carácter moral está en que Jenner fué un espíritu esencialmente religioso: como tal se manifiesta en su voluminosa correspondencia y en todos los actos y circunstancias de su vida.

Fué de mediana estatura y de complexión robusta. Estuvo gravemente enfermo dos ó tres veces en su vida; pero resistió, y en su vejez se mantenía todavía lozano y activo y en la plenitud de sus facultades mentales.

Sus últimos años fueron entristecidos por desgracias de familia. Se había casado en 1788 con una mujer de vigoroso entendimiento y de bondadoso corazón á quien amó entrañablemente y

de la cual tuvo dos hijos y una hija. En 1810 había perdido á su hijo mayor; en 1815 perdió á su esposa. Había visto también caer á algunos amigos de su predilección.

Él mismo se rindió al fin. Un ataque de apoplejía cerebral puso término á su existencia en la mañana del 26 de enero de 1823 en su residencia de Berkeley. Tenía 74 años.

Tal es, señores y dignísimas señoras, delineada á grandes rasgos, la vida del ilustre sabio que realizó el maravilloso descubrimiento de la vacuna de que os hablarán los colegas que van á seguirme en el uso de la palabra.

Este descubrimiento no tiene igual en los anales de la humanidad: él marca en la historia de la medicina el principio de una nueva éra; en la historia del linaje humano, el principio de su redención física, y en la historia de las ciencias, el momento en que la razón del hombre ha ido á sorprender al Creador en uno de sus más recónditos designios.

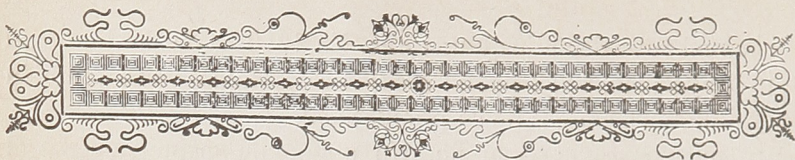
Por eso ha eclipsado todos los méritos anteriores de Jenner, que, como habeis visto, no eran escasos, sino, al contrario, más que suficientes para haberle dado un lugar preeminente entre los sabios más ilustres de todas las edades.

En cambio ha rodeado su nombre de una aureola de inmortalidad que centenares de siglos no conseguirán amortiguar ni empalidecer.

¡Gloria á Jenner, y eterna gratitud!

He dicho





DISCURSO DEL DOCTOR E. RODRÍGUEZ CERDA

DE LA UNIÓN MÉDICA



SEÑOR MINISTRO:

SEÑORAS Y SEÑORES:

El genio benefactor de la humanidad no muere. Vive perpetuamente en el recuerdo de ella.

El tiempo pasa y con él las generaciones y los países y á través de los siglos, no queda sino la verdad irradiando su luz purísima para consuelo del hombre.

El recuerdo y el agradecimiento, propios del corazón humano, hacen al fin justicia al hombre modesto, abnegado, al filántropo, al sabio que estudia la verdad para el bien de sus hermanos, de sus semejantes. Condiciones son éstas que acercan más al hombre á su Creador, y el talento resalta, como una chispa divina que la Providencia ha hecho brotar en el cerebro humano.

En la vida todo pasa, señores. Pasan los hombres con sus ilusiones y aspiraciones; pasan los grandes países con sus riquezas, glorias, gobernantes y grandes conquistadores; pasan los grandes monumentos que han sido la admiración de las generaciones; todo pasa, pero lo único que queda á través del tiempo y de los siglos,

es la luz de la verdad, es la virtud, es la admiración profunda que la humanidad guarda por sus benefactores.

Un siglo se cumple hoy, señores, en que un modesto médico inglés, hizo uno de los más grandes descubrimientos de las ciencias médicas. El sabio E. Jenner había descubierto algo grande, para consuelo de muchos millones de seres humanos. Desde aquella época hasta la fecha, se ha celebrado siempre año por año, tal descubrimiento, y las diversas generaciones, representadas por las sociedades científicas, han ido pagando constantemente el tributo de recuerdo, de admiración y de gratitud á la memoria de aquel sabio.

El genio no muere, vive perpetuamente en el recuerdo de la humanidad y éste paga su tributo justiciero á sus grandes benefactores.

Ayer no más, las sociedades científicas de Chile, se reunían para celebrar una velada fúnebre, de pesar profundo por la muerte de un sabio ilustre y á la vez de agradecimiento por los grandes bienes que hizo á la ciencia y á la humanidad. Ese sabio era el eminente francés M. Pasteur.

Hoy se reunen de nuevo las sociedades científicas de Santiago para celebrar el centenario del descubrimiento de otro gran sabio, del modesto médico inglés E. Jenner.

*
* *

La importancia científica del descubrimiento de la vacuna por E. Jenner, es algo tan grande y que está reconocido por el orbe todo, que no se necesita demostrar.

Entre las plagas y epidemias que han azotado y destruyen á la especie humana, no hay quizás ninguna otra, que haya producido más estragos espantosos que la viruela.

Razón y muy grande tiene Bernouilli, cuando dice en su obra, sobre «Las Poblaciones.»

«Cualesquiera que hayan sido las devastaciones de la peste en Europa, la viruela arrebató durante el siglo último, más gente quizás, que aquella enfermedad durante alguno de los siglos precedentes.»

La viruela no era solamente la enfermedad más mortífera, sino

que era también la más horrorosa. El mismo autor dice de ella «El sarampión, la fiebre tifoidea, la disentería, la escarlatina, la difteria y el cólera, están muy lejos de igualar el aspecto horroroso y repugnante de la viruela en su apogeo; entonces el enfermo no es más que un cuerpo informe, afebrado, dolorido, desconocible por la hinchazón, cegado por la inflamación y recubierto desde la cabeza á los pies de pus y de costras fétidas.»

Esta es la viruela normal; ¿con cuánta mayor razón no se puede aplicar todo eso, á la viruela hemorrágica?

Esta tremenda enfermedad, deja también sus funestísimas consecuencias; pues un gran número de los que curan, llevan en sus rostros por el resto de su vida, el rastro de ella y ¿cuántas personas no quedan para siempre ciegas, ó sordas ó inválidas?

La importancia científica del descubrimiento de la vacuna, es grande; y muy justificada es la celebración que hacemos hoy.

*
* *

Desde tiempos muy remotos y casi desde que se conocía la viruela en China (su cuna), en Mongolia, en Circasia, en Georgia, etc., se hacían inoculaciones del virus de esa misma enfermedad, como medio profiláctico ó preservativo contra ella misma. Se hacía la inoculación por medio de una pequeña insición cutánea en la cual se friccionaba un poco del pus variólico y se obtenía así una viruela más suave y casi amortiguada, pues tenía los mismos síntomas y signos, aunque en menor escala. Esta costumbre de Oriente se propagó á Occidente y en Londres se inoculó por primera vez en 1721.

*
* *

La viruela puede desarrollarse en varios animales además del hombre, pero para los estudios científicos, se ha fijado solamente en la que se produce en los corderos (ovinación), en los caballos (horse pox) i en las vacas (cow-pox).

Esta última es la que ha llamado, con justicia, la atención de la ciencia médica. El estudio de la variolisación fué el origen de la vacunación animal.



La Providencia ha permitido siempre para consuelo del hombre, que al lado de la enfermedad exista el remedio y que contra lo malo se oponga lo bueno. Ella también permite que de cuando en cuando, aparezcan hombres modestos, sabios de gran observación y talento, dotados de un genio superior, como descubridores de grandes verdades y principios y que son benefactores de la humanidad.

Jenner fué uno de ellos y á él debe la ciencia médica, el gran beneficio del descubrimiento de la vacuna. Es verdad que antes que él, se había observado ya, en Alemania, en Inglaterra, en el Holstein y otros puntos de Europa, que la viruela de las vacas transmitida por casualidad ó intencionalmente al hombre, lo garantizaba por muy largos años contra la viruela humana. Él fué el primero que lo probó científicamente, pero se resolvió á hacer la experiencia, despues de 20 años de observaciones é investigaciones constantes sobre la materia. Había pues observado: 1.º que personas que por su contacto con las vacas y que habían sido contaminadas con la viruela de ellas, habían perdido desde entonces toda suceptibilidad para la viruela humana, sea espontanea ó nó, durante 25, 30 y aun 50 años; 2.º que la inoculación de la vacuna daba raramente lugar á vesículas en los variolosos, que no son sino raramente afectados por ella; 3.º que en algunos casos escepcionales, la vacuna obraba eficazmente sobre personas que ya habían tenido la viruela; 4.º que inoculaciones de vacuna repetidas sobre el mismo individuo, pueden ser seguidas, en casos escepcionales, de indisposiciones iguales en intensidad á la primera, y 5.º que la acción ejercida sobre el hombre por la inoculación de la vacuna y por el contagio espontáneo de la vacuna de las vacas, es igual.

Las vesículas que se forman en estos dos casos suministran una vacuna propia para inocular á otras personas.

Jenner, establecido en su ciudad natal, Berkeley, en el condado de Glocester, hizo su primera experiencia en un niño de 5 años, con la vacuna de la vaca, la que produjo los fenómenos bien conocidos de todos, en la vacunación normal.

Después de 6 meses, tiempo que pareció suficiente, para que la

vacuna preservase bien el organismo en general, inoculó al mismo niño el virus variólico y no produjo con ello, sino una ligera efflorescencia local, sin fiebre, ni erupción, ni malestar.

De la vacuna del primer niño, fué vacunado un segundo niño, y éste tuvo una vacuna tan buena como la animal. También se le inoculó la viruela y ésta no se produjo, como en el primero. Para seguir las experiencias, de la vacuna del segundo niño se vacunaron varias personas y á todas les produjo el mismo espléndido resultado. Observó más aun; un niño que fué vacunado con la vacuna de la vaca, durmió todo el tiempo de la evolución vacunal, con otros dos niños, que no habían sido vacunados, ni habían tenido la viruela. Ninguno de estos últimos fué infestado. Así, pues, quedó probado el gran descubrimiento de la vacuna y á la vez, que este virus pasando de la vaca al hombre y del hombre al hombre, no pierde nada de su fuerza y de su virtud preservadora.

*
* *

Como todo descubrimiento nuevo, la vacuna tuvo muchos detractores y Jenner tuvo que vencer mil dificultades para conseguir hacerla generalizar y que la gente se dejase inocular. Su genio y su paciencia todo lo vencieron. Él mismo se llegó á convencer que había dos especies de vacuna: la verdadera y la bastarda. La primera se elabora sin fiebre y sin inflamación; la segunda se desarrolla en medio de un aparato de síntomas inflamatorios, generalmente graves y no gozando de ninguna propiedad preservadora; ésta también produce un pus ó linfa que es peligroso al inoculado; la legítima dá lugar á la vacuna propia, es decir, á la linfa suave, no dando lugar sino á una irritación pasajera y á una inflamación local.

Otra contrariedad que tuvo que vencer, fué el observar que individuos que habían sido vacunados, adquirían, sin embargo, después, la viruela. Con un estudio y observación largos, constató que la vacuna, después de un cierto tiempo, pierde sus virtudes específicas y es incapaz de producir en el organismo humano, la modificación necesaria contra la viruela. De aquí dedujo también

la necesidad de la revacunación de cada persona, después de cierto número de años.

Aparte de esas dificultades que el mismo descubrimiento le proporcionaba, tuvo que vencer mil de otras especies, que le oponían la ignorancia y la emulación, acompañadas de la envidia, esa cizaña del corazón, que mata todo lo noble y quiere concluir aun con la luz y la verdad.

En medio de sus contrariedades y preocupaciones, pudo llegar á ver que se le hacía justicia. La Cámara de los Comunes votó en recompensa y en obsequio suyo, el 2 de Junio de 1802, una suma de 10,000 libras esterlinas y le concedió públicamente honores, agradeciéndole por su descubrimiento á nombre del Parlamento.

*
* * *

El peligro con que los pueblos se veían constantemente amenazados con los enormes estragos que hacía la viruela, hizo que se extendiese rápidamente la vacunación por la mayor parte de los pueblos civilizados de aquella época. En poco tiempo se pudieron constatar los benéficos resultados del gran descubrimiento. Comunas enteras se hacían vacunar, «llenas de reconocimiento por este benéfico descubrimiento, vieron al angel destructor pasar delante de ellos sin hacerles ningún mal, mientras que atacaba á sus imprevisores vecinos, matándoles á todos sus hijos, ó dejándolos ciegos, cojos ó debilitados y enfermizos. Esto nos muestra que el ángel destructor de la viruela no había desaparecido con el siglo XVIII, sino que, penetraba y hacía muchas víctimas en todas las partes en que los médicos no habían colocado su talismán, como centinelas en los umbrales de cada puerta.»

La Baviera fué el primer país, que en 1807, tuvo como ley obligatoria la vacuna. Después siguieron Wurtemberg, Suecia, Alemania, Escocia, Inglaterra, Irlanda, etc. Con el transcurso del tiempo y con la experiencia diaria, se han ido convenciendo en los diversos países, y sus gobiernos y sociedades científicas, se han preocupado del estudio é implantación de un problema de tan vital importancia, para su engrandecimiento y la fuerza y virilidad de sus habitantes.

*
* *

Jenner después de haber recibido mil honores en Londres, tanto del gobierno, como de las diversas asociaciones científicas, regresó á su pueblo de Berkeley y él con la modestia propia del sabio, se ocupaba en propagar la vacuna entre los campesinos. Ese hombre eminente confiaba siempre en la Divina Providencia para sus estudios y descubrimientos y tenía un profundo reconocimiento hacia Ella. Condición es ésta, propia del verdadero sabio, reconocer siempre un Creador Supremo, en todas las obras de la Naturaleza. Así como hasta la fecha no se ha encontrado aún la existencia de un pueblo sin la creencia en Dios, de igual modo no se puede aceptar ni comprender la ciencia, la escuela y la familia, sin Él. Jenner desde su modesto retiro, se ocupó de hacer llegar el virus de la vacuna, al Indostán, en donde la viruela hacía entre los naturales é ingleses, mil estragos. Tuvo también un gran cooperador en el doctor Carro establecido en Viena, quien pudo propagarla en Austria, en Hungría y aún en Constantinopla. Para hacerlo, se servían de pedazos de lienzo que se embebían en el virus y éstos eran puestos después sobre las pequeñas insiciones que se hacían en la piel.

Cupo al célebre doctor Pinel la gloria de propagar la vacuna en Francia y fué acompañado en su obra por el doctor Wovelwille, uno de los más entusiastas compañeros de Jenner.

*
* *

Largo sería señores, en este momento, presentar los cuadros estadísticos que atestiguan los grandes beneficios de la vacunación. Solo basta decir, que hoy está en la conciencia de los legisladores y de los pueblos, aceptar como necesaria la vacunación obligatoria. Raro es, pues, ahora, el punto de la tierra en el cual no sea conocida la vacuna y sus benéficas consecuencias. Pocos son ya los países en que no tienen la vacunación obligatoria como ley. En nuestro Chile se han levantado ya, muchas voces muy autorizadas, pidiendo esa ley inevitable.

Las numerosas víctimas que año por año nos causa la viruela,

han hecho levantar la voz á la Junta de Vacuna y á su entusiasta y laborioso presidente, pidiendo para nuestro país esa ley salvadora.

Cábeme la honra, señores, á nombre de mis compañeros de la «Unión Médica», unir mi voz á los representantes de las otras sociedades científicas para manifestar nuestro entusiasta aplauso y reconocimiento á la memoria del eminente Jenner y nuestro profundo agradecimiento á la Divina Providencia, que forma tan grandes benefactores de la humanidad.

¡Gloria eterna al genio inmortal de Jenner!

He dicho.





DISCURSO DEL DOCTOR LUCIO CÓRDOVA

SECRETARIO DEL COMITÉ



SEÑORES:

La actividad intelectual va inscribiendo en su historia, fechas que recuerdan sus conquistas, sin que le sea posible en su marcha continua hacia adelante, apreciarlas en sus límites verdaderos. Hay que dejar pasar un lento período de labor, que afirme su poderío y delinie bien sus contornos, para que ella pueda ser juzgada en toda su extensa amplitud. Esta tarea está reservada á los que vienen más tarde, cuyos más seguros elementos de juicio, los encontrarán en los nuevos horizontes que esa conquista ha abierto y en las nuevas situaciones que ella ha creado.

La ciencia sobre todo necesita de esas enseñanzas del tiempo y de la experiencia, porque sin ellas el triunfo de hoy suele no ser siempre el triunfo de mañana. Podrán alcanzar tal vez un éxito relativamente duradero, pero más allá, cuando el horizonte se haya ensanchado, será la posteridad la que pronuncie su última palabra. Es por esto que la conmemoración de un centenario, tiene que ser necesariamente la consagración solemne de una gloria merecida.

El descubrimiento de la vacuna no se sustrajo á esta ley de

apreciación exacta. Se le recibió como un remedio supremo, el más eficaz de todo, pero sin comprender la revolución fecunda que él significaba en la medicina. Es verdad que Jenner asistió á la edad de oro de la vacuna, pero fué porque llegaba en momentos propicios para imponerse. Una mortífera epidemia que lograba sobreponer su acción devastadora á la ciencia de aquellos días, sembraba el espanto en la Europa entera. Un solo atacado había bastado en más de una ocasión para llevar la muerte á casi todo un pueblo. Y aquéllos que tras largo y penoso sufrimiento, volvían á la vida, conservaban para siempre huellas imborrables de sus horas de peligro y de enfermedad.

La aparición de la vacuna en medio de estas sombrías circunstancias, aseguró su éxito social. Se extendió rápidamente y los gobiernos consideraron un deber primordial llevar su acción eficaz á todas partes. Se levantaron algunas voces para atacar á Jenner, pero ninguno de aquellos hombres de ciencia, hirió la base científica del descubrimiento. La ola popular los arrastraba y no habría habido uno sólo bastante prestigiado que hubiera podido oponer obstáculo á ese deseo inextinguible de salud y de vida, que llevaba á todos á buscar en la vacuna, el remedio salvador de sufrimientos indecibles. Jenner triunfaba; pudo al terminar su larga y provechosa existencia en un día de Enero de 1823, tener la viva satisfacción de haber hecho un inmenso beneficio á la humanidad, y lo que es más todavía, recibir de ella misma con su sumisión al descubrimiento, una recompensa justificiera.

Ese triunfo era sin embargo incompleto. Al lado de su obra social, eminentemente humanitaria, ya asegurada, había otra de no menos trascendental importancia, pero ignorada aún, su obra científica. No había sido la casualidad la que le había permitido encontrar la acción preservadora de la vacuna, en una ciega tradición del pueblo. Nó. Había llegado á ella por medio de una observación atenta y exacta, con el concurso de la razón que busca y que comprueba para encontrar la causa misma de los hechos. Era el método experimental que hacía su entrada en los dominios de la ciencia médica y que empleado con precisión en las futuras investigaciones, había de derribar todo un pasado de doctrinas erróneas.

Siguiendo este camino pudo Jenner penetrar un poco en el extenso grupo de enfermedades que se designaban con los nombres de virulentas é infecciosas. Germinaba ya, y tomaba cuerpo en su espíritu una noción más adelantada de la naturaleza de ellas, que la que tenían sus propios contemporáneos. Creía poderles asignar una causa común ó semejante, especie de lazo íntimo que permitiría al médico, simplificando su tarea, dominarlas por medios análogos. La más segura confirmación de estas ideas, la encontraba Jenner en la influencia moderadora de la vacuna sobre organismos profundamente deteriorados por antiguas infecciones. El *cow-pox* no solo preservaría de la viruela, podría llevar su acción quizás más lejos, contrariando con resultados felices el desarrollo de otras enfermedades infecciosas.

Fué éste el punto de partida de las experiencias que inició, para buscar, con profética esperanza, un siglo antes que se encontrara por el mismo camino por él seguido, un remedio á la difteria. Desgraciadamente estas grandes ideas debían permanecer todavía un tiempo estériles; faltaban los elementos de experimentación, faltaba el laboratorio moderno á cuyo calor fecundante maduran las concepciones del sabio, y quedaba de consiguiente reservado al porvenir la confirmación brillante que les ha dado.

Sin embargo, estas enseñanzas que encerraban promesas de soluciones verdaderas, no fueron perdidas. Bajo su influencia se operaba en Europa un vivo movimiento intelectual que lograba sacar á la medicina, definitivamente, de las rejiones casi siempre soñadoras del empirismo en que había vivido. Cada cual llevó á la obra común su esfuerzo y el contingente de su experiencia, desdeñando estériles controversias sobre hipótesis seductoras. En este interesante período de evolución científica se notan apreciaciones diversas, divergencias en los detalles, pero todo él está constituido por un fondo uniforme de observación y experimentación rigurosa.

Estudiadas la anatomía y la fisiología, bajo la atmósfera vivificante de la época nueva, constituyeron la base de la medicina científica. Se penetró en la intimidad de los tegidos del organismo sano, para seguir de cerca con la estructura de esos mismos tegidos cuando ellos se enferman. Estos progresos daban apoyo

seguro á la clínica que acaba de recibir, de manos de Laennec su Tratado de Auscultación que permitía al médico llegar con su oído á las profundidades del pulmón y disociar el complicado mecanismo de los ruidos cardíacos.

Preparado así el edificio era el momento de terminarlo con la noción científica de las causas. Debía crearse la nueva etiología. Había sido éste sobre todo el punto de las eternas discusiones, y los archivos de la medicina guardaban el recuerdo de doctrinas numerosas que pretendían fundar la noción causal de las enfermedades, sobre el suelo movedizo de los razonamientos *a priori*. El estudio de las enfermedades infecciosas dió los primeros resultados. Mientras se discutía si la lesión que creaba la enfermedad era una alteración de los líquidos del organismo ó una lesión de los tegidos, se iba afirmando la idea de que las infecciones dependían de la acción perjudicial de parásitos. La vida de estos gérmenes se haría á expensas de la vida del hombre sano y los síntomas penosos de la infección no serían sino el resultado palpable de esa lucha oculta de predominio, de un sér sobre otro sér.

¿Pero en qué consistía ese parasitismo vago y mal definido todavía? La solución no debía tardar en llegar. El medio estaba preparado para darla y sólo faltaba que apareciera uno de esos hombres que llegan á ser la expresión más completa de las tendencias científicas dominantes, que atraen hacia sí el espíritu de progreso de casi todos y que imprimen su sello de prestigio y de grandeza á la época en la cual se desenvuelve su personalidad eminente.

En 1857 en un ignorado laboratorio de París, Pasteur, el gran Pasteur de mañana, hacía sus memorables estudios sobre las fermentaciones. Buscando el mecanismo íntimo del fenómeno, que había permanecido en el misterio para todos los observadores, encontró al través de la lente de su microscopio, un mundo nuevo formado por obreros desconocidos. Las leyes de la biología presidían el desarrollo del fenómeno químico, lo que Pasteur condensaba en esta frase que puede servir de portada á la éra de asombrosos descubrimientos que le sigue: *la fermentación es correlativa de la vida*.

Las consecuencias llegaron bien luego. Surgió la idea de buscar una relación entre estos seres microscópicos organizados y los

fenómenos patológicos. La actividad febril de los laboratorios recibió hermosas compensaciones y en pocos años se lograba conocer la vida de los más importantes y las modificaciones que ellos llevan al ejercicio correcto de la vida de los seres superiores. La causa de las infecciones quedaba así debelada, y el médico en aptitud de luchar ventajosamente con ellas.

La Higiene y la Cirugía aprovecharon las primeras adquisiciones. Fué posible dominar el antiguo y temido genio de las epidemias, evitar el invisible contagio y reducir los desastrosos efectos del mal. En cuanto á la cirugía ¡con qué confianza podría penetrar á regiones que parecían eternamente vedadas! borrándose ya de sus anales los antiguos cuadros febriles que habían detenido la mano audaz de otros cirujanos.

Vinieron después otros días igualmente brillantes. Pasteur obtiene la atenuación de los virus que le hace dueño de los microorganismos y que le deja aprovechar como vacuna, el germen mismo que produce la infección. Este mundo infinitamente pequeño, por él descubierto, doblega á él su poder, y por una misteriosa compensación, se deja domesticar por el que le había creado personalidad dentro de los dominios de la biología. Llega así al virus anti-rábico que pone valla segura á los dolorosos estragos de la rabia y que transforma en cuadros consoladores para los enfermos, las aterradoras estadísticas de ayer no más.

Toda esta labor gigante de Pasteur, comprobada por la experimentación, era una evocación de un pasado glorioso, de la labor de Jenner, no completada, pero comprobada á su vez por la experiencia. Allí quedaban establecidos para siempre los cimientos científicos del descubrimiento de la vacuna y de esta manera el genio de Pasteur hacía justicia á la clarividencia de Jenner.

El movimiento científico de aquellos días desvió en dirección hacia este punto y en pocos años tomaba forma todo un poderoso método de tratamiento, la seroterapia. En 1888 basándose en una observación que ha ido perdiéndose en el olvido, pero que yo debo recordar aquí, se descubría la acción curativa del suero de la sangre. Reynaud observó que producía la inmunidad de un animal introduciéndole sangre de otro animal sometido anteriormente á la influencia de la vacuna; y este hecho de sencillas apariencias revis-

te el alto valor de ser el primer paso en el camino recorrido después por Roux, Behring, Richet y tantos otros. Una vez más la vacuna, mostrando á la ciencia cómo puede en días no lejanos, relegar á la categoría de sombríos recuerdos, los dolorosos estragos de las epidemias.

Hay un lazo que une de cerca las inyecciones serosas y la vacuna y que las hace aparecer como aplicaciones gemelas de un mismo principio terapéutico. Sus caracteres no son enteramente idénticos, pero consideradas en un origen más elevado, pueden mirarse como principios similares activos, que introducidos en el organismo producen una transformación saludable que le permitirá luchar con ventaja en el momento del peligro. La infección morirá silenciosamente, sin que su poder tan temido en otro tiempo, alcance á producir muchas veces, ni un ligero trastorno

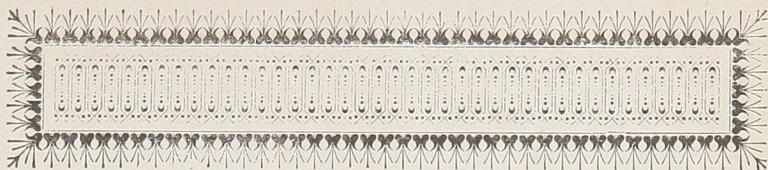
Hé ahí la obra científica de Jenner. En su cuna, con el prestigio del éxito, había substituído al empirismo reinante, un método nuevo; y más tarde, á cien años de distancia, afirmaba todavía las conquistas preciadas de ese método, del que ella había sido la primera revelación. Es verdad que hay un descanso, una especie de tregua tras él, pero fué porque Jenner había ido demasiado lejos en alas de su mente creadora. Los que le siguieron tuvieron un trabajo más obscuro, menos ruidoso; edificar los cimientos de la medicina experimental y científica. Sólo cuando ellos estuvieron terminados, cuando la anatomía fué descripta con verdad y la fisiología hubo penetrado en el misterio de las funciones orgánicas, llega el período de las grandes inspiraciones, que deslumbra y que admira, el período de Pasteur, de Behring y de Roux. Y así encontraba cumplimiento una vez más esa ley de la historia que quiere que sean solidarias las unas de las otras, las diversas fases de la labor intelectual.

En la historia accidentada de la ciencia en la que la primacía de una doctrina suele ser momentánea, para alcanzar muy luego su ocaso, 1857 y 1888 aparecerán seguramente como el resultado tardío, pero lógico de 1796. Por eso, para considerar con verdad el inmenso camino recorrido, hemos de dirigir una mirada hacia atrás, para buscar en el admirable descubrimiento de Jenner, la

ancha base sobre que descansa el considerable progreso de la medicina contemporánea. Y esa mirada proyectará además, luz vivísima de justicia sobre un nombre inmortal y sobre una obra imperecedera.

He dicho.





DISCURSO DEL DOCTOR ADOLFO MURILLO

PRESIDENTE DE LA JUNTA CENTRAL DE VACUNA



SEÑORAS Y SEÑORES:

El genio medita y crea; observa, recoge y dá forma á lo rudimentario, á las líneas primitivas y dispersas de los conocimientos humanos; hace plástico lo informe, tan pronto como el rayo de luz divina ha penetrado en su espíritu, tan pronto como la idea se ha encarnado y héchose verbo.

Entonces la individualidad se alza, crece; se hace gigante, y el apóstol benefactor sucede al hombre de ciencia, al caviloso pensador, al afortunado generalizador, al investigador audaz. El descubrimiento se estima, entusiasmo, recorre los espacios como el éter y va á redimir los males que á la humanidad afligen; abre nuevos horizontes, ensancha los antiguos; sirve de consuelo al hombre que se debate en estériles esfuerzos, que gime en la orfandad, que se estremece con el dolor y que á las veces fallece al peso de las desgracias que le oprimen. ¡Poder del rayo arrebatado á los dioses!

Esos genios tienen derecho al reconocimiento universal, cuando, sobre todo, van á detener el ancho y corrientoso caudal de las enfermedades, de las invalideces y de la muerte. Jenner es el

brazo poderoso, el instrumento consciente de la Providencia que viene á remediar un mal que afligía á las naciones y que diezma-
ba sin piedad á los pueblos.

La viruela era uno de los azotes más temidos en los pasados siglos, fué traída por los españoles á América desde los primeros años de la conquista, y Chile ha sido uno de los países que más tributo le ha pagado.

No fueron por cierto, los arcabuces de los españoles ni sus afilados sables, los que más víctimas hicieron entre los bravos araucanos durante la dilatada epopeya de la conquista; no fueron tampoco las alineadas columnas de sus ejércitos ni sus aguerridos soldados los que pusieron miedo á esos heroicos indígenas, ni señores, no fueron ellos los que pudieron poner espanto á un pueblo de quien ha dicho el poeta:

«Que no ha sido jamás por rey regido
Ni á extranjero dominio sometido»

Lo que les infundió pavoroso espanto, lo que detuvo en más de una ocasión á sus legiones vencedoras ó á sus ejércitos en la invasión y el ataque, fueron las epidemias de viruela que arrasaban sus filas y paralizaban su indómito empuje.

La viruela fué el peor azote y el mayor enemigo de los legendarios defensores del suelo chileno. Una anécdota que la crónica nos ha transmitido es gráfica y merece ser recordada en estas horas de admiración y de júbilo, en los precisos momentos en que nuestras cabezas se inclinan respetuosas ante el hombre que puso barreras al mal.

Unos cuantos sacos de lentejas eran llevados de un punto á otro del país sobre los hombros de varios indios de carga. En el camino rómpease uno de los sacos y las semillas caen al suelo. Verlas los indios y escapar desalados fué todo uno. Creyeron los pobres conductores de esos sabrosos granos que llevaban consigo los gérmenes de la viruela. El miedo es cervical.

Don José Pérez García, afirma, con Jerónimo Quiroga, que en 1555 murieron las tres cuartas partes de los indios; y añade que en el protocolo eclesiástico de la Imperial, en una presentación que hizo al obispo de aquella ciudad el encomendero don Pedro

Olmos de Aguilera, en 22 de junio de 1573, manifiesta á Su Ilustrísima que de doce mil indios que le había dado en repartimiento Pedro de Valdivia, solamente le habían quedado ciento, por la mortalidad que en ellos produjo la peste de viruela en 1555. En las mismas circunstancias, Hernando de San Martín, declaraba también al obispo, que de ochocientos indios que de servicio tenía, apenas le sobrevivieron ochenta.

Carvallo y Goyeneche, refiere que el Gobernador don Alonso Sotomayor resolvió regresar á Concepción, en el otoño de 1591, después de algunos encuentros con los indios «porque ya apretaban demasiado las lluvias del invierno, y para ocurrir á las necesidades en que se hallaba todo el territorio, á causa de una cruel epidemia de viruelas que prendió en él y contagió también á los indios, que por este motivo no pudieron moverse contra nuestras poblaciones.»

Á estar á lo que dice el historiador de la Compañía de Jesús, fray Miguel Olivares, no debió ser menos grave que las anteriores la de 1654, «pues fué general por todo el reino y dejó esta ciudad de la Serena casi despoblada de vecinos y de gente de servicio.»

El padre José Javier Guzmán, dice que: «por los años de 1787 fué tanta la mortandad que hubo en este obispado de Santiago, ocasionada por la peste viruela, que no bastando para curar los infectos de este mal, los hospitales que había, se hicieron otros dos más provisionales, los que tampoco fueron suficientes para recibir tanta multitud de virulentos como ocurrían á curarse; y sin embargo del cuidado que había para su asistencia, se regula que pasan de seis mil los que perecieron solamente en esta ciudad. En los años 1801 y 1802, hallándome de guardian en Curimón, se experimentó igual mortandad en la provincia de Aconcagua, pues pasaron de diez mil los que murieron en sólo los tres curatos de San Felipe, Curimón y Putaendo. Pero mucho mayor que lo expuesto ha sido regularmente el estrago que ha causado la viruela cuando se ha propagado su contagio en las provincias australes, porque su infección y malignidad las ha dejado casi enteramente desoladas.»

Ya véis, señoras y señores, por estas cortas excursiones históricas cuán terribles eran esas epidemias en Chile, cuán temidas

debían ser, y bien podemos imaginarnos cuánto debió ser el regocijo del Gobierno y del pueblo al sentirse poseedores de un elemento de fácil propagación y de seguro éxito para combatirlos, de una verdadera panacea, de un regalo tangible de vida.

Se me figura ver á los hombres dirigentes de esa época con los corazones agitados por el contento, con el espíritu sonriente y abierta el alma á las grandes esperanzas de un porvenir magnífico por estos países entonces despoblados y pobres, dibujándoseles en lontananza sus ciudades apretadas y populosas cubiertas de fábricas, llenas de movimiento y de actividad fabril, sus campos cultivados y cargados de abundantes mieses bajo la égida del inmortal descubridor.

Bien pronto el descubrimiento de Jenner debía atravesar los mares é implantarse en la América, tan lejana entonces de la Europa.

Carlos IV envía á sus colonias la grande expedición de la vacuna bajo la dirección de Balmis, que sale de Coruña el 30 de noviembre de 1803, llevando á 25 niños con sus madres, para ir inoculándola de brazo á brazo durante la navegación y hacerla llegar al término de su destino.

En casi todas partes recíbese á los propagadores en medio de espléndidas fiestas, entónanse, en las iglesias, himnos de acción de gracias y déjanse sentir los hosannas de júbilo bajo los artesonados techos de las catedrales de Bogotá, de Quito y de otras capitales americanas; al mismo tiempo ilumínanse las casas, se despliegan los vistosos estandartes y las músicas marciales recorren las calles, avisando á las gentes el gran descubrimiento.

El patriotismo chileno se adelanta á la expedición oficial, y Matorras y Salas y el padre Chaparro de la orden de San Juan de Dios, comienzan, autorizados por Muñoz de Guzmán, á difundir la vacuna que había venido transmontando los Andes. Fray Manuel Chaparro practica la primera vacunación el día 8 de octubre de 1805, fecha que ha de quedar memorable en los fastos de la historia patria.

En las postrimerías de 1807, llega Grajales, ayudante de la expedición de Balmis y enviado especial para la propagación de la vacuna en Chile; organiza el primer servicio en Valparaíso, en enero de 1808, y se traslada á Santiago á ponerse á las órdenes

del Gobernador interino don Francisco Antonio García Carrasco. Grajales era un joven inteligente, simpático, animoso, lleno de celo ardiente por su misión y á él ha quedado vinculada la historia de los primeros trabajos de propagación de la vacuna.

García Carrasco con fecha 10 de octubre de 1808 nombra la primera Junta de Vacuna en Santiago, «reservándome, dice en el decreto, para mí y mis sucesores la presidencia de ella en unión del Ilustrísimo señor Obispo». Y en las instrucciones, les decía:

«Deben fijar su atención los miembros de la Junta en conservar siempre fresco é inalterable el fluído vacuno para que por este medio no se extinga jamás y hallen el pronto socorro los que necesiten de este beneficio: sacrificio que será aceptable á Dios, al Rey y á la Patria.»

Así queda bien manifestado el gran aprecio con que fué recibida la vacuna durante los últimos años de la colonia.

La borrasca de la revolución que debía darnos la independencia desorganiza los servicios, avienta á los hombres y á las instituciones, derroca los poderes y descuida la vacuna. Los efectos se sienten pronto; la viruela recrudece y Portales decreta y organiza la Junta Central de Vacuna con fecha 11 de junio de 1830.

Los trabajos de esta Junta son notables y marcan un progreso.

Más adelante ese servicio se reorganiza y se pone á la altura de las crecientes necesidades del país. El decreto de esta reorganización lleva la firma del Presidente Santa María y tiene fecha 19 de marzo de 1883.

Los servicios, como antes, quedan gratuitos.

Faltaba á esta reforma un complemento indispensable para asegurar su misión de propaganda activa, eficaz y humanitaria: un Instituto de vacuna animal. Ese Instituto se inaugura el 15 de marzo de 1888 bajo una dirección técnica inteligente, y es el que nos proporciona hoy los miles de placas que distribuimos en todos los ámbitos de la República.

En la actualidad existe una Junta Central de Vacuna que supervigila el servicio en todo el país y le da cohesión; setenta y dos juntas departamentales con sus respectivos médicos, y más de cien vacunadores que recorren los campos y las ciudades llevando á los hogares mismos el fluído preservativo de la viruela. Más de 200,000 vacunaciones se practican todos los años. La

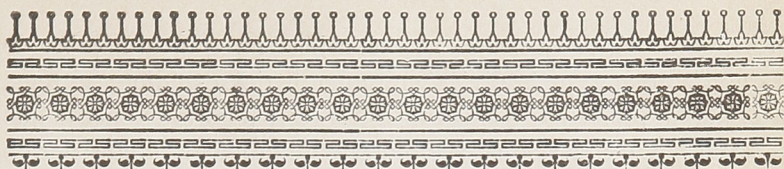
mortalidad por viruela disminuye de día en día. Santiago, una de las ciudades más castigadas por el flagelo, ha reducido su mortalidad á 8 en el año pasado, y en los meses hasta ahora corridos no conocemos ninguna defunción.

No por eso la Junta Central se encuentra satisfecha; comprende que la labor humanitaria á ella confiada, le exige perseverancia y actividad en el trabajo; la propagación metódica é inteligente del fluído vacuno y la severidad en los procedimientos y operaciones; comprende que su labor es como la de Sisifo y que debe y puede, si es secundada en sus propósitos por otras corporaciones, aspirar á hacer desaparecer de la estadística una enfermedad que la higiene moderna considera justiciable.

Si para llenar su cometido no le bastara á sus miembros la conciencia de sus propios deberes, el amor de sus semejantes, la satisfacción de arrebatarse á la muerte y á la obscuridad, ¡la viruela hace tantos ciegos! les estimularía el ejemplo de los patricios esclarecidos que les precedieron y el sentimiento patriótico que alienta siempre á todo chileno cuando se trata de los intereses de su patria.

La Junta al asociarse gustosa á esta fiesta de homenaje al genio, de agradecido recuerdo á este gran benefactor de la humanidad, es por que tiene el propósito de inspirarse constantemente en ese gran espíritu que buscó el bien, que amó la verdad y que trazó el camino á los hombres de ciencia y á todos aquellos que aman al hombre por el Hombre.

He dicho.



DISCURSO DEL DOCTOR LUIS UGARTE VALENZUELA

DE LA SOCIEDAD MÉDICA



SEÑORES:

Solo el amor á la justicia que, como posteridad, debemos á los grandes hombres que nos han precedido en la vida, dejándonos sus luces y talentos como herencias de inagotables beneficios, me ha impulsado á tomar parte en esta recordación histórica, científica y bajo todos conceptos interesante, por la enseñanza que difunde y el noble ejemplo con que se eterniza.

Comprendo que mis fuerzas no son bastantes para sostener en la altura que le corresponde la diadema de un ilustre sabio establecido en los pedestales de la inmortalidad.

Más, reclamo para obtener vuestra benevolencia, el derecho que á un entusiasta admirador le asiste entre los hombres que estudian, y ante la sociedad que ilustradamente piensa. Esta consideración me ha dado el valor suficiente para presentarme á tan distinguido auditorio, con este corto pero detenido trabajo, en que la historia me ha guiado, y el análisis servido de lógico enlazamiento de los hechos y de las deducciones. Sí, la historia ana-

lítica de un alto acontecimiento científico en que el nombre de Eduardo Jenner es la divisa culminante del estudio, y el tema que me he propuesto para contribuir con algo al recuerdo que nos reúne y ocupar siquiera el puesto de la más humilde flor de esta corona.

Y este tributo obligado por el amor á la ciencia y por las leyes de la gratitud, es, sin duda, un honroso timbre que caracteriza el adelanto moral y la cultura de las sociedades de que se deriva. Pues, donde el saber no tiene culto ni estímulo, el alma tampoco tiene una esfera para ensanchar su vuelo; ni la ciencia encuentra albergue para cimentar sus cátedras, y entonces la vacilación eterna, la obscuridad sin límites, la ignorancia en sus peores antros, se levanta allí como en un círculo dantezco, sin progreso ni esperanza. En cambio, cuán distinta faz presenta un pueblo donde el estudio es ley obligada de sus hombres, donde se acata el saber, se protegen las concepciones del talento, se lucha científicamente por alcanzar la luz; allí se dilatan los horizontes, sonríen las esperanzas y hasta la muerte huye de un mundo en que todo es actividad, ciencia y vida.

En efecto, si una ley inevitable, tarde ó temprano, realizada en nuestra particular existencia, desprende el libro de nuestras manos, enmudece nuestra lengua, y nos conduce al apartado lecho de la tumba, nuestros trabajos científicos quedan, pues, entre los hombres ilustrados, que anonadan la muerte hablando con los sabios en sus obras, interrogándolos en el estudio y felicitándolos constantemente cual nosotros á Eduardo Jenner recordando ahora su poderoso y benefactor ingenio. Esto es lo que hacemos estimando debidamente la herencia que nos dejó con el rico caudal de sus conocimientos y observaciones.

Señores:

El pueblo que en el orden político levantó la Carta Magna ante las sociedades civiles para contrarrestar el imperio de los tiranos, tiene también el honor de haber sido la cuna de Eduardo Jenner, que en su laboratorio médico estableció la vacuna para quitarle por millares las víctimas al más horroroso flagelo que diezmaba á la humanidad.

La peste viruela, cuyo nombre aterroriza aún, apesar de tener

sobre ella los eslabones con que la aherrojó Jenner, ¿cuál sería en aquellos siglos en que asaltaba á los países, sorprendía á las ciudades y era el enemigo eminentemente mortal que azolaba sin compasión las poblaciones, en todos los climas y latitudes; matando con espantosa crueldad y solo concediendo la vida á trueque de una marca repugnante que cambia las fisonomías y, en muchos casos, es peor que la muerte misma, por el estado lamentable en que deja á sus víctimas?

Las ciencias biológicas, consideradas como ciencias experimentales se encontraban á fines de la pasada centuria, casi en la infancia; la química estaba en la cuna, las investigaciones de Lavoisiere y Scheele eran del dominio de muy pocos; la física no les prestaba el concurso de sus aplicaciones para el examen de las funciones orgánicas; la fisiología, como ciencia que estudia los fenómenos de la vida, y las leyes á que éstos están sujetos, aún no existía como ciencia especial.

La medicina, por consiguiente era un caos, un hacinamiento de hechos inconexos y principios sin consecuencias, que hacían de ella un sistema asaz imperfecto, en lo relativo al estudio de la naturaleza de las enfermedades epidémicas é infecciosas, y la terapéutica, no sólo carecía de elementos de acción conocida, sino que además no se la comprendía como en nuestra época.

Si tan escasos eran los conocimientos del arte de combatir las enfermedades, ¿cuál sería el lamentable estado de los pueblos cuando sobrevenían esas grandes epidemias que hoy no se pueden recordar sin sentir una especie de horror ante las históricas relaciones?

Hubo un tiempo en que la provincia de Quito en el Ecuador llegó á perder cien mil hombres por la peste viruela. La Groenlandia en 1733 quedó casi extinguida con aquel estrago y la península de Kamschaka, en 1767, igualmente asolada. En 1768 perecieron diez mil hombres en Nápoles atacados de dicha enfermedad; y en esa misma época la Rusia perdía por causas análogas doscientos mil habitantes cada año.

Y no se crea, señores, que dejaran de hacerse esfuerzos supremos por evitar la propagación del venenoso contagio. Los médicos en toda la Europa estudiaban las causas y los efectos, inquirían datos de los países del Levante y de las ciudades de África, re-

buscaban las más viejas anotaciones de la terapéutica oriental y ensayaban los procedimientos de sus últimas combinaciones científicas; pero todo era estéril y puede decirse que hasta contraproducente, puesto que mal podía caminar con seguros pasos la terapéutica cuando la fisiología aún vacilaba en el limbo de donde acababan de sacarla Magensie y el eminente Claudio Bernard.

Se necesitaba, pues, un espíritu de doble penetración y de gigantesco poder para las observaciones biológicas, se necesitaban las fuerzas mentales de aquel Hipócrates que sin conocer la circulación de la sangre marcaba los movimientos de las fiebres y los ritmos del corazón; es decir, la humanidad pedía un genio que la amparase y este genio apareció en Eduardo Jenner; quien fortalecido con todos los estudios médicos de su época, dirigió sus armas contra el enemigo común.

Desde tiempo inmemorial se empleaba en Africa y en Asia la inoculación de la viruela humana, de muy diversas maneras, como medio de disminuir los efectos desastrosos de la peste. Los beneficios de esta práctica fueron introducidos en Constantinopla en 1663 y de allí importados á Londres en 1721, desde donde no tardó en esparcirse por toda la Europa.

Pues bien, este procedimiento tradicionalmente transmitido de generación en generación, sin método fijo, sin historia segura, sin demostración científica y sólo como una joya salvada del naufragio de una vieja civilización, servía prácticamente aplicada, como un agente para hacer más benignos los efectos de la epidemia; era el único medio con que se contaba para afrontar el peligro, pero, como todo lo que se aprende y se experimenta de un modo empírico, ni daba garantías de seguridad, ni ofrecía á la ciencia una ley constante y de efectos uniformes. Era en fin un elemento que aguardaba la mano de artífice superior para que la condujese al solio de su destino. El artífice fué Jenner, quien había observado en algunas provincias de Inglaterra la inmunidad que adquirían contra la peste viruela los pastores que ordeñaban las vacas y que éstas les transmitían una especie de pústulas. Aduñado ya de la observación que debía ser la llave de su trabajo, inquirió noticias para consolidar el aserto y llegó á ver que entre las aldeanas existía el convencimiento de que no eran atacadas por la peste las personas que habían sufrido esta pequeña erupción

Desde ese momento su fe se afianzó, sus esperanzas crecieron; el entusiasmo de Arquímedes al descubrir la balanza hidrostática se dibujó á su vista y sintió resonar en sus oídos el aplauso de las naciones. Era la legítima ambición del sabio realizada ya en su mente y que sólo necesitaba darle la forma externa para presentarla á las multitudes.

Silenciosamente siguió escudriñando y convenciéndose; arraigando sus investigaciones y posesionándose de un puesto seguro para implantar su cátedra. Todo lo tenía pues dispuesto, previsto y estudiado, cuando avanzó á la práctica y vacunó á un niño de cinco años, con éxito tal que el hecho mereció ser recogido é inmortalizado en mármoles por el cincel de un artista, en el instante en que Jenner aplicó por primera vez la lanceta con el virus en el brazo de un paciente. Obtenidos los resultados que él ya calculaba, se siguió una serie no interrumpida de experimentos cada vez más satisfactorios para el hombre de ciencia; aunque no dejaron de tener algunos contratiempos para el vulgo.

Como era natural, sobrevinieron algunos casos de fiebre intensa, otros de erupciones rebeldes y de carácter negativo. Contrastes debidos á causas ajenas á la vacuna y que fueron rápidamente estudiados para evitar su reproducción. El triunfo podían augurarle como completo las personas científicas y desapasionadas, los corazones limpios y los espíritus serenos e ilustrados. Pero el fin de las observaciones del sabio en su laboratorio era al mismo tiempo el principio de las batallas del genio contra las pasiones vulgares.

Levantáronse, pues, adversarios contra Jenner ¿y quién no los ha tenido al alzar gigantesca talla sobre los desenfrenos de la soberbia, sobre las especulaciones de la envidia, sobre los pueriles arrebatos de la ignorancia? Por lo tanto no faltó quiénes sin dejarse regir por la observación serena, le atacaron *á priori* tomando por base los casos aislados de complicaciones que ofrecían algún blanco á los enemigos. Jenner estudió entonces detenidamente las causas perturbadoras de los experimentos, deshizo las argumentaciones con que le invadían y, pacientemente, enseñó á los médicos á trabajar sin reticencias ni temores, indicándoles de una manera precisa las fuentes seguras para obtener el mejor éxito en la tarea.

Sus adversarios entonces se refugiaron en una nueva brecha: díjose que varias personas que habían recibido la vacuna legítima habían contraído la viruela patológica. Jenner sin desanimarse ante este nuevo y dificultoso obstáculo, con fe ciega en la constancia y uniformidad de las leyes que rigen el universo físico, empezó una nueva serie de investigaciones, hasta que consiguió comprobar que la vacuna pierde después de cierto tiempo sus virtudes específicas y que por lo tanto es necesario renovarla. Descubrió además que ciertas enfermedades diatésicas y ciertas idiosincrasias desvirtúan la acción de la vacuna.

Después de veinte años de trabajos experimentales y observaciones rigurosamente descriptas, que hacen honor al genio de la investigación, en 1796 publicó la memoria titulada *Investigaciones sobre las causas y los efectos de la viruela vacuna*; obra que inmediatamente fué traducida á todas las lenguas y que constituye el monumento de su gloria.

Poco á poco la luz se fué haciendo y un número considerable de médicos ingleses avanzaron en favor de Jenner, secundando su acción y haciéndose los esclarecidos colaboradores del sabio. Justísimo es que recordemos los nombres de aquellos que con sólo ayudar los esfuerzos del coloso se hicieron dignos del aplauso de la posteridad: los doctores Ash, Home, Woodwille, Blane, Knight, Griffiths, Deumurk, Pearson, Gardner, Nash, Keate, Birch, Lister y C. Jenner, hermano del descubridor, fueron los catorce hombres de ciencia que sirvieron de báculo al combatido luchador para acompañarle hasta que hizo llegar sus indicaciones á la Cámara de los Comunes donde se patentizaron las ventajas del nuevo método.

El Parlamento inglés, fiel á las tradiciones de justicia é inquebrantable seriedad que siempre le han caracterizado, en 2 de junio de 1802 le acordó por unanimidad la suma de 10,000 libras esterlinas como recompensa nacional, estampando en sus actas que era merecedor al reconocimiento de todos los hombres. El Canciller del Reino al someter á la consideración de la asamblea el citado proyecto, pronunció estas memorables palabras: «La Cámara puede votar para el doctor Jenner la recompensa que crea conveniente. Esta recompensa será unánimemente aprobada

porque tendrá por objeto el más grande ó uno de los más importantes descubrimientos que la sociedad haya recibido desde su fundación.»

La ciudad de Londres le discernió el más alto honor á que puede aspirar un ciudadano; y para que nada faltara á este concurso de felicitaciones, los médicos de la marina inglesa hicieron acuñar una medalla conmemorativa de los servicios que la vacuna había prestado á la escuadra.

Como ya hemos visto, este grandioso alcance del saber tuvo su período de lucha con los elementos eterogéneos que se tocan en las sociedades humanas. Establecidas entre los sabios la premisa científica que *la vacuna es el preservativo y el remedio de la peste viruela*, la mayoría de los médicos, siguiendo la honrada inspiración de los doctores anteriormente citados, sostuvieron las ventajas del procedimiento, aclamaron al descubridor, cedieron dignamente á la potestad de la justicia y fueron los sostenedores infatigables de la verdad. Pero desgraciadamente un número de espíritus obcecados en las viejas prácticas, refractarios al estudio, los incapaces de profundizar las nuevas ideas, los especuladores superficiales y dañinos; en fin, la ignorancia con sus sombras, la envidia con sus larvas y hasta los necios con sus vaguedades, levantaron armas, y un inesperado alud de rencores y calumnias atacaron á Jenner, obligándole á resistir con todas las fuerzas de la verdad y el talento de sus colaboradores y amigos, contra la rabiosa guerrilla de los que cerraban los ojos para no ver, pero levantaban la voz para ensoberbecer los temores de la muchedumbre.

El doctor Rowley propagó alarmas sin fundamento, dirigidas á llevar la desconfianza á los enfermos, el espanto á los hogares y la vacilación á todos, llegando hasta decir que la inoculación del virus vacuno podía ser de consecuencias fatales, desprestigiando así los beneficios de la ciencia, talvez, porque no tuvo la energía moral suficiente para doblar la cerviz ante la obra nacida para alzarse sobre brazos superiores. En tan triste tarea le siguió un número considerable de hombres negados á lo que la posteridad bendice ó privados de todo derecho á la gloria, los cuales agotaron la dialéctica de la medicina y los recursos de todo género

para fustigar á Jenner y empequeñecer su descubrimiento; sin fijarse que entraban á una lucha en que si por el momento se jactaban de una victoria efímera, la verdad, la historia, la ciencia, aguardaban el tránsito de unas cuantas horas para darle al glorioso descubridor los títulos con que le esperaba la justicia en los templos de la inmortalidad.

Pero entretanto, en aquellos dias dominó una tristísima perplejidad en los espíritus extraviados y la verdad científica que puede ser despreciada cuando no es conocida, recibió amargas decepciones de muchos de sus contemporáneos.

Jenner se vió fatigado en el combate, próximo á sentir el desaliento del que predica la conveniencia pública, ante un auditorio que no lo entiende ó no quiere oírle. Se retiró por fin al campo de Berkeley, donde se dedicó á servir tranquilamente á los pobres que le amaban, sin esperar nada de los demás. Allí en solitario hogar y entregado á sus estudios y meditaciones recibió la visita de un amigo que, admirado de verle en su voluntario ostracismo, le dijo que sabía bien cuánto dolor le habían originado los ataques de sus enemigos, mientras todas las naciones de Europa pregonaban su descubrimiento arrebatándole á millares las víctimas á la viruela.

Medio siglo de laborioso tesón empleó el sabio en demostrar la ley precisa que dejaba sobre el mundo; por todas partes se reconocían sus ventajas, todas las clases sociales, en los pueblos lejanos á su tranquila estancia, conocían su nombre como el de un benefactor del género humano: era sólo la estrecha atmósfera de pobres pasiones que revueltas se agitaban á sus pies para entristecerle, como obligada persecución del genio que tiene que luchar para acrecentar su talla ante la ignorancia que derriba y ante la pequeñez de los bajos sentimientos.

Al alcance de su mano tuvo sin cesar á las multitudes que le buscaban pidiéndole salvación y consejos; hasta que el 16 de enero de 1823, repentina muerte le arrebató á la ciencia y á la gloria de su nación, para dejar sólo en la historia su gran nombre y en la medicina el sello invulnerable de su poder.

Murió después de haber visto su descubrimiento divulgado por toda la tierra, y en el corto espacio de su país los restos pulveri-

zados de la envidia que nada pudo y que hoy sólo existe en el recuerdo, para ser condenada á eterna execración.

Señores:

Esa es la historia de ayer. La enseñanza que recibió la ciencia médica está pues, á vuestra vista con todas sus ventajas, con todo el dominio que le diera su sabio descubridor. Nosotros, herederos de tan grande obra, la hemos utilizado, nos servimos de ella y la emplearemos siempre, con los mismos propósitos, llenando los mismos fines y quitándole presas á la muerte á nombre de Jenner, de su ciencia y de su genio.

Cuando la historia nos presenta en magestuoso concurso los grandes descubrimientos que ha realizado el hombre y nos estimula á competir con las fuerzas que ella exhibe como gloria de algunos pueblos y hasta como corona de los siglos que pasaron; realmente que escuchamos la voz de un sentimiento generoso y sublime que nos eleva á regiones más altas de aquellas en que respira el pobre egoísmo de nuestro propio sér; y pensamos, no en nosotros, sino en nuestra patria, y, más que en nuestra patria, en la humanidad y su inmediato bien: esa es la obligada consigna del médico inspirado por el generoso ideal de una conciencia recta.

Luchar en la vida por abrirle plaza al saber, para que enseñe y propague los conocimientos útiles, acallando los ecos de las pasiones que huzmean y persiguen con propósitos rastreros, esa es la arena á donde estamos obligados á concurrir cada vez que la suerte nos dirija al combate y acaso al sacrificio.

Jenner lidiando con las preocupaciones mezquinas de la ignorancia, con las artimañas insidiosas de la mala fe, con los rebeldes enconos de los espíritus superficiales, fué tan grande como Jenner descubriendo el virus vacuno; generalizándolo desde su laboratorio y sirviendo con él á la humanidad contristada sin esperar más recompensa que el progreso de su ciencia y ser útil á sus semejantes.

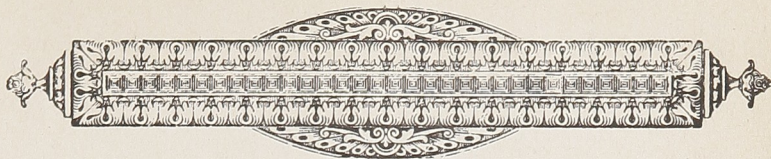
Noble tarea, inmortal ejemplo que la historia lo exhibe en alto para que sirva de lección eterna á todas las generaciones.

Desde aquí, desde esta nación, que atenta sigue la marcha del

progreso y abre sinceramente su corazón á la luz y á la esperanza, Jenner, te recordamos y bendecimos; tu nombre está con nosotros, como tu espíritu eternamente vivirá en el alma de las naciones redimidas por la ciencia.

He dicho.





À JENNER

EN EL PRIMER CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE LA VACUNA

POR EL

DOCTOR CARLOS A. GUTIÉRREZ

DE LA SOCIEDAD MÉDICA



Digno es del Arte celebrar la gloria
del noble defensor de su bandera;
digno es honrar la altísima memoria
de quien, ya vislumbrando la victoria
sucumbe heroico al pie de la trinchera;

Digno ensalzar con magestuoso acento
á quien empuja del progreso el carro,
á quien con elevado pensamiento
al débil brinda generoso aliento
y palmas bate al adalid bizarro;

Glorificar al genio soberano
que audaz escala las enhiestas cumbres,
que, inspirado de Dios, con firme mano
el noble triunfo del esfuerzo humano
señala á las ígnaras muchedumbres;

Cantar las dichas del hogar; del niño
la inocencia, la cándida pureza,
la virtud más brillante que el armiño
y con el ansia pura del cariño
culto rendir á celestial belleza;

¿Y quién más digno del clarín del Arte,
más digno de su altísima alabanza,
que el que alzando del bien el estandarte
benigno dón por donde quier reparte
y eterna gratitud con su obra alcanza!

Para él del orbe su homenaje regio,
la palma de las glorias inmortales,
de la beldad el delicado arpegio,
y, del poeta de renombre egregio
las estrofas soberbias y triunfales.



La vida es el luchar. Tenaz combate
desde que nace el sér mantiene rudo;
desde que el tierno corazón le late
de la Parca feroz sufre el embate,
con mayor fuerza cuanto más desnudo.

Alguna vez le encontraréis erguido
llegando á la vejez con firme paso,
y ciento y mil con ánimo oprimido
alzarse miraréis junto á su nido
la fatídica sombra de su ocaso.

¡Qué tiernas flores! Antes que la aurora
con su más puro rosicler las tiña
vendrá la tempestad asoladora,
polvo será la flor encantadora,
árido yermo la feraz campiña.

Como hórrido ciclón sopla la muerte
y todo al negro abismo se derrumba,
todo sufre á su vez la misma suerte:
«el *viejo*, el *niño*, el *delicado*, el *fuerte*»
piérdense entrelazados en la tumba.

Airado ruge el huracán y marca
sus tristes huellas en las verdes frondas;
ruge de los abismos el monarca
y de Carón la tenebrosa barca
cargada hiende las letales hondas.

Ruge el azote cruel y rudo impera
como altivo señor en su dominio;
belleza, amor, alegre primavera
nada detiene en su veloz carrera
su sopro de terror y de exterminio.



¡Cuadro desgarrador! La madre abraza
con santo amor al delicado infante
á quien ya la viruela despedaza
y en triste premio de su amor sin tasa,
devora el mal su corazón amante.

La virgen más hermosa que las flores
«de tez nieve y de color de rosa»
siente de su veneno los ardores
y á salvarla del mal y sus furores
todos vuelan con ansia generosa.

Todos unidos de la Parca fría
paran el golpe con gentil presteza
más nó el furor de su venganza impía,
ya que hundirla no puede en la agonía
arráncale á girones su belleza.

El hijo, el padre, el niño y el anciano
á tan ciego furor rinden el cuello.
Contra su dardo cruel todo es en vano,
á cuanto alcanza su siniestra mano
de muerte ó de fealdad imprime el sello.

Ante tanto rigor y saña tanta,
con gran virtud y bondadoso celo
un hombre á detenerla se levanta.
Nada en la ruda lid, nada le espanta,
nada podría dominar su anhelo.

Estudia, observa, todo lo investiga,
todo lo vence su anhelar inquieto;
y audaz y grande con la fe que abriga
tras larga gestación y ardua fatiga
arráncale al arcano su secreto.

Y surge la vacuna bienhechora
en realidad trocando su esperanza;
cien años há que alzóse vencedora
y aún fulguran los rayos de su aurora
como inmortal, benéfica enseñanza!!



Vosotras tiernas madres que en la cuna
sonreís con amor al débil niño,
que, anhelantes cifráis vuestra fortuna

en mirarle crecer sin pena alguna
al protector amparo del cariño;

Vosotras, que con hondo desconsuelo
le miráis inclinar la frente mustia,
que, dirigiendo en el amargo duelo
una mirada inenarrable al cielo
ahogáis el grito de suprema angustia;

Vosotras que al poema de la vida
prestáis fuerza, calor y sentimiento,
que de infinito amor el alma henchida,
de todo mal cicatrizáis la herida
con vuestro puro, embalsamado aliento;
que al cruzar del dolor la áspera senda
ponéis primero el corazón que el labio,
solícitas llegad á nuestra tienda
y, á su memoria como digna ofrenda
venid la sien á coronar del sabio.

Venid, venid con ansia generosa,
presto venid, y al eco de mi canto,
sobre su blanca frente esplendorosa
derramad una lágrima piadosa:
¿Cuál ofrenda mejor que vuestro llanto?



Oh, Jenner, que cifraste tu victoria
nó en la grandeza presuntuosa, vana,
ni de la espada en la brillante gloria
sino en hacer eterna tu memoria
brindando alivio á la miseria humana;
¡oh, ilustre sabio! al contemplarte inspiras
santa veneración, amor profundo;
astro que en altas órbitas ya giras
te rinden hoy su cántico las lirás,
su luz el genio, su homenaje el mundo.

Más alto dón en premio la Natura
en hora tan solemne deposita:
una madre, un tesoro de ternura
derrama ya sobre tu frente pura
la ofrenda de sus lágrimas, bendita!!!

